

EFESIOS

Introducción

Éfeso y Pablo. Desde tiempos antiguos, Éfeso fue una ciudad importante por su situación geográfica. En tiempos de Pablo era la capital de la provincia romana de Asia. Entre sus muchos edificios suntuosos descollaba el templo de Artemisa, diosa asiática de la fecundidad (cfr. Hch 19). Como ciudad romana del Mediterráneo oriental, formaba terna con Antioquía y Alejandría.

Cuando Pablo visitó Éfeso (Hch 19,1) encontró allí algunos cristianos no muy bien formados. Les instruyó y constituyó con ellos una floreciente comunidad de paganos convertidos, base de operaciones para la expansión misionera. El Apóstol residió allí tres años entre éxitos y dificultades.

¿Carta de Pablo a los efesios? Los «tres» datos son discutidos por una crítica competente. En primer lugar, se duda de que se trate efectivamente de una carta. Suena más bien a tratado o a exposición homilética vertida en el molde epistolar como recurso literario. Habría que catalogarla en el género de celebración o panegírico. Faltan en el texto, por ejemplo, el tono personal y las referencias a una situación concreta propias de una carta.

En segundo lugar, se duda de que la carta haya salido de la pluma de Pablo. El autor parece no conocer personalmente a los destinatarios (1,15; 3,2), situación extraña si se tiene en cuenta que el Apóstol vivió tres años en dicha comunidad. El estilo, por otra parte, es notablemente inferior al de las cartas auténticamente paulinas. También es diversa o más evolucionada su doctrina; por ejemplo, a muchas Iglesias locales sucede una Iglesia única y universal, tras la superación de la controversia entre judíos y paganos.

Finalmente, está también en discusión que los destinatarios sean los efesios. El nombre de la ciudad falta en algunos códices importantes. ¿Fue borrada del texto original para dejar un espacio en blanco disponible para otras localidades? Dado el carácter del escrito y teniendo en cuenta la noticia de Col 4,16, algunos biblistas piensan que la carta estaba dirigida en un principio a Laodicea. Otros, por el contrario, que era un texto circular dirigido a una amplia audiencia de Iglesias de Asia.

Autor, destinatarios y fecha de composición de la carta. Todo lo dicho anteriormente hace pensar que el autor es un discípulo de Pablo que escribe después de la muerte del Apóstol a paganos convertidos de la segunda generación, entre los años 70-90. Si atribuye su escrito a Pablo es para dar autoridad a sus reflexiones y, apoyado en las enseñanzas de su maestro que va desarrollando, iluminar la vida de las Iglesias en las nuevas circunstancias por las que atravesaban, veinte o treinta años después de que fueran fundadas por el Apóstol.

Contenido de la carta. El contexto en que viven las comunidades de esta segunda generación ha cambiado notablemente. Después de la destrucción de Jerusalén (año 70), las tensiones entre los cristianos procedentes del judaísmo y los convertidos del paganismo han ido paulatinamente desapareciendo. Ahora, los judeo-cristianos son una pequeña minoría dentro de una comunidad de creyentes que se ha desplazado y esparcido definitivamente más allá de las fronteras de Palestina. Esta situación hacía urgente una reflexión sobre el misterio de una Iglesia que, consciente ya de su universalidad, necesitaba ahondar en el vínculo de comunión que la mantenía unida y plural al mismo tiempo. Pero, sobre todo, profundizar en el alcance de su misión universal.

La Carta a los Efesios comienza donde termina la Carta a los Colosenses. Ambas se complementan. Si aquella habla de Cristo, ésta habla de la Iglesia. Dios tenía un plan escondido por siglos, revelado y ejecutado en y por Jesucristo. Ahora, este plan se despliega en y por la Iglesia. Si Colosenses resalta la dimensión cósmica de la mediación salvadora de Cristo, Efesios coloca la misión de la Iglesia en el centro mismo del universo, como sacramento de salvación de ese cosmos que Cristo llena con su poder vivificador.

Es así como el autor nos presenta a la Iglesia: universal; pueblo de Dios y esposa del Mesías; nueva creación de una humanidad unificada; edificio compacto y cuerpo en crecimiento que se llena de la plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas (1,22s), Cristo, su cabeza. Más que por la suma de Iglesias locales, o por la coexistencia de judíos penitentes y paganos convertidos, la unidad se realiza derribando muros, aboliendo divisiones, infundiendo un Espíritu único. No en vano la Carta a los Efesios ha sido llamada la «carta magna de la unidad».

Saludo¹

1 ¹Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los consagrados [de Éfeso], fieles a Cristo Jesús: ²Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Bendiciones²

³¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!,
quien por medio de Cristo
nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales del cielo.

⁴Por él, antes de la creación del mundo,
nos eligió para que por el amor
fuéramos consagrados e irreprochables en su presencia.

⁵El nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad

⁶para alabanza de la gloriosa gracia que nos otorgó
por medio de su Hijo muy querido.

⁷Por él, por medio de su sangre,
obtenemos el rescate, el perdón de los pecados.

Según la riqueza de su gracia

⁸derrochó en nosotros toda clase de sabiduría y prudencia,

⁹dándonos a conocer el misterio de su voluntad,
establecido de antemano por decisión suya,

¹⁰que se realizaría en Cristo en la plenitud de los tiempos:
que el universo, lo celeste y lo terrestre,
alcanzaran su unidad en Cristo.

¹¹Por medio de él y tal como lo había establecido
el que ejecuta todo según su libre decisión,
nos había predestinado a ser herederos

¹²de modo que nosotros, los que ya esperábamos en Cristo,
fuéramos la alabanza de su gloria.

¹³Por él, también ustedes, al escuchar el mensaje de la verdad,
la Buena Noticia de la salvación,

¹ **1,1s Saludo.** Al faltar en ciertos manuscritos la determinación «de Éfeso», algunos biblistas han pensado que ésta era una carta circular dirigida a varias comunidades, entre las que se encontraba probablemente Éfeso. Algunos códices antiguos en vez de: «de Éfeso», dejan un espacio en blanco. La carta va dirigida a los «consagrados» o santos, título que se refiere a los creyentes que han sido convocados a formar parte del pueblo santo de Dios. El saludo es como de costumbre: «Gracia y paz», con todo el nuevo contenido que el cristiano había dado ya a la palabra paz: la salvación que viene gratuitamente de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

² **1,3-14 Bendiciones.** El párrafo que sigue es probablemente el más difícil de todo el Nuevo Testamento, pues parece romper todas las reglas gramaticales. Es como si el autor tomase aliento profundo en este grandioso pórtico de la carta, para pronunciar su bendición de una sola alentada, en una única frase, bajo la fuerza de un entusiasmo incontenible. Más que para ser leída, esta bendición es para ser escuchada en el ambiente de oración de la asamblea litúrgica.

Si se trata, como dicen algunos biblistas, de una bendición pre-bautismal adoptada por Pablo, aquí estarían expresados por un lado, el gozo profundo y la acción de gracias de los catecúmenos, compartida por toda la asamblea, ante el momento decisivo del bautismo; y por otro, las consecuencias de la nueva vida en Cristo, cuyas puertas les abría el gran sacramento de iniciación cristiana: filiación divina, perdón de los pecados, incorporación a Cristo y sello del Espíritu Santo. De hecho, éste será el tema de toda la carta. La bendición nos abre a la maravilla del plan de salvación de Dios, y viene presentada como un «diálogo de amor» entre las tres divinas personas que, surgiendo del horizonte insondable de la eternidad, se desborda en la creación del mundo y del hombre, y se revela en la historia, «en la plenitud de los tiempos» (10), en la persona de Cristo. Paradójicamente, quizás sea esta atropellada yuxtaposición de verbos, adjetivos, frases circunstanciales colgadas de preposiciones, etc., la que mejor exprese el baluceo en que termina todo intento humano de expresar el misterio inefable del amor de Dios por nosotros.

Comienza con la acción de Dios Padre que: «nos bendijo» (3), «nos eligió» (4), «nos predestinó» (5), «nos otorgó» (6), «derrochó» (8), «dándonos a conocer» (9), «nos había predestinado» (11). Este despliegue del amor infinito del Padre se va cumpliendo paso a paso en el Hijo como respuesta de amor al amoroso plan de su Padre: «por medio de Cristo» (3), «por él» (4), «por Jesucristo» (5), «por medio de su Hijo muy querido» (6), «por él, por medio de su sangre» (7), «en Cristo» (10), «por medio de él» (11), «por él» (13). Es, por fin, el Espíritu Santo, la expresión viva del amor entre el Padre y el Hijo, el que pone el sello de confirmación a toda la obra: «fueron marcados con el sello del Espíritu Santo prometido» (13). Y así, las manos amorosas de las tres divinas personas moldearon su obra maestra, al hombre y a la mujer «con toda clase de bendiciones» (3), «para que por el amor fuéramos consagrados e irreprochables» (4), para ser sus hijos e hijas adoptivos (5), para obtenernos el perdón de los pecados (7), con toda clase de sabiduría y prudencia (8), «a ser herederos» (11). Este es el proyecto de Dios, antes escondido y ahora revelado en la muerte y resurrección de Cristo, que introduce y da a la totalidad de la carta el tono de oración, de adoración y de celebración que resumen todos sus capítulos.

creyeron en él y fueron marcados con el sello del Espíritu Santo prometido,
¹⁴quien es garantía de nuestra herencia,
y prepara la redención del pueblo que Dios adoptó:
para alabanza de su gloria.

Súplica³

¹⁵Por eso, también yo, al enterarme de la fe que ustedes tienen en el Señor Jesús y el amor que demuestran a todos los consagrados, ¹⁶no ceso de dar gracias por ustedes, y recordándolos en mis oraciones, pido:

¹⁷Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la gloria,
les conceda un Espíritu de sabiduría y revelación
que les permita conocerlo verdaderamente.

¹⁸Que él ilumine sus corazones para que ustedes puedan valorar
la esperanza a la que han sido llamados,
la espléndida riqueza de la herencia que promete a los consagrados

¹⁹y la grandeza extraordinaria de su poder a favor de nosotros los creyentes,
según la eficacia de su fuerza poderosa;

²⁰poder que ejercitó en Cristo resucitándolo de la muerte
y sentándolo a su derecha en el cielo

²¹por encima de toda autoridad y potestad y poder y soberanía,
y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse
tanto en este mundo como en el venidero.

²²Todo lo ha sometido bajo sus pies,

y lo ha nombrado, por encima de todo, cabeza de la Iglesia,

²³que es su cuerpo y plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas.

³ **1,15-23 Súplica.** Este plan de Dios es ya una realidad en la vida cristiana de sus lectores, que Pablo resume en la fe en el Señor Jesús y en el amor al prójimo. Por tanto, da gracias a Dios y pide por ellos. La oración de petición de Pablo por los efesios –y por todos los que leemos en estas líneas la Palabra de Dios– no podía ser otra que el conocimiento del Misterio de salvación que ya expuso en el pórtico de la carta, el conocimiento de Dios mismo revelado en Jesucristo.

Este conocimiento está muy por encima de nuestra capacidad humana, por eso implora un «superconocimiento» –«epignosis», en griego–, que sólo lo puede dar el «Espíritu de sabiduría y revelación» (17), el mismo que el profeta Isaías contemplaba sobre el Mesías prometido: «espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y prudencia, espíritu de conocimiento y respeto del Señor» (Is 11,2); el mismo Espíritu de quien el Apóstol dice en su primera carta a los Corintios que «lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10). Este carisma de sabiduría es el don de la «fe» que ilumina los corazones (18). Con esta bella expresión de su cultura semita, el Apóstol se refiere a ese centro unitario desde donde parte todo el dinamismo de la persona, donde el hombre y la mujer conocen, piensan, sienten, aman y actúan. Todo eso es «conocer» para el Apóstol.

Así ve la fe, como la luz-fuerza que guía e impulsa «los ojos del corazón» al conocimiento, al amor y al seguimiento de Jesús, Mesías prometido e Hijo de Dios; (cfr. Flp 3,10; Lc 10,21-22); y también al conocimiento de nuestro último destino, al que hemos sido llamados: «la espléndida riqueza de la herencia» (18; cfr. Rom 8,17; Heb 9,15). Esta primera petición de Pablo para los efesios, la fe, abre las puertas a una nueva petición: la esperanza (18), que es como la otra cara de la fe. Conocer la «futura herencia» por la fe es ya poseerla anticipadamente, ahora, por la esperanza. Aunque no la vemos con los ojos de la carne, una luz celeste nos permite contemplarla en lontananza (cfr. Heb 11,9-13).

Todo esto lo hará posible Dios con el despliegue de «la grandeza extraordinaria de su poder... según la eficacia de su fuerza poderosa» (19), con el que realiza en Cristo su proyecto admirable: la resurrección como victoria definitiva sobre la muerte (cfr. 1 Cor 15,25s), la exaltación a su diestra (cfr. Sal 110,1) como instauración del reino de Dios.

Pablo afirma que esta soberanía de Cristo es absoluta y que está por encima de las cuatro categorías de potestades y poderes sobrehumanos (21). El Apóstol ni afirma ni niega la existencia de estos posibles «seres benignos o malignos»; no es esto lo que le interesa. Lo que pretende es enviar un claro mensaje a los efesios y a todos los que creen y temen la influencia de fuerzas misteriosas y ocultas: Dios «todo lo ha sometido bajo sus pies» (22). Éste es Jesucristo, dice Pablo, que ha sido dado a «su Iglesia», afirmando así el carácter comunitario de la salvación. No ha sido dado a cada uno «en particular», sino a cada uno «en comunidad», para formar entre todos el Pueblo de Dios, como un cuerpo del que Él es la cabeza.

Esta imagen de la Iglesia, cuerpo de Cristo, ya la desarrolló en las cartas a Corintios y Romanos (cfr. 1 Cor 12; Rom 12,5). Ahora la califica aun más con una frase densa y atrevida, casi intraducible: «que es su cuerpo y plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas» (23). ¿Está sugiriendo Pablo que la Iglesia es más que una realidad terrestre, estando ya unida a Cristo en su triunfo y en su gloria, habitada ya de la plenitud de la divinidad? ¿Está señalando, por otra parte, la misión de la Iglesia en este mundo como tarea que continúa y completa lo que Cristo, la cabeza, comenzó y realizó con su vida, muerte y resurrección? Ambas realidades estén quizás en la mente del Apóstol, unidas y en tensión: la «memoria de Jesús» como realidad adquirida, y a la vez como tarea de liberación que irá desarrollándose en este mundo, guiados por el Espíritu del resucitado, en el amor mutuo y sin fronteras, que rompe definitivamente las barreras que separaban a los pueblos.

De la muerte a la vida⁴

2 ¹También ustedes estaban muertos por sus pecados y trasgresiones. ²Seguían la conducta de este mundo y los dictados del jefe que manda en el aire, el espíritu que actúa en los rebeldes... ³Lo mismo que ellos, también nosotros seguíamos los impulsos de los bajos deseos, obedecíamos los caprichos y pensamientos de nuestras malas inclinaciones, y naturalmente, estábamos destinados al castigo como los demás. ⁴Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor que nos tuvo, ⁵estando nosotros muertos por nuestros pecados, nos hizo revivir con Cristo – ¡ustedes han sido salvados gratuitamente!–; ⁶con Cristo Jesús nos resucitó y nos sentó en el cielo, ⁷para que se revele a los siglos venideros la extraordinaria riqueza de su gracia y la bondad con que nos trató por medio de Cristo Jesús.

⁸Porque ustedes han sido salvados por la fe, no por mérito propio, sino por la gracia de Dios; ⁹y no por las obras, para que nadie se gloríe. ¹⁰Somos obra suya, creados por medio de Cristo Jesús para realizar las buenas acciones que Dios nos había asignado como tarea.

Unidad por Cristo⁵

⁴ **2,1-10 De la muerte a la vida.** A continuación, Pablo explica a los efesios que su pertenencia a la Iglesia en calidad de miembros del cuerpo de Cristo ha supuesto pasar de una «realidad de muerte» a una «realidad de vida», como si de una nueva creación se tratara. El Apóstol describe la realidad de muerte de la que han sido rescatados –el paganismo– con expresiones de un extremo pesimismo, utilizando para ello categorías cosmológicas de la tradición judía y llenándolas de contenido teológico: un mundo desvinculado de Dios, bajo el poder del Maligno, «jefe que manda en el aire... que actúa en los rebeldes» (2). En la misma situación que los paganos estaban los judíos: «lo mismo que ellos, también nosotros seguíamos los impulsos de los bajos deseos» (3), a pesar de la Ley y de la circuncisión (cfr. Tit 3,3). Ambos, judíos y paganos, «estábamos destinados al castigo» (3).

Fuera del contexto en que fueron escritas estas líneas, su lectura puede inquietar e incomodar al lector de hoy. ¿Está aislando Pablo a los creyentes de los no creyentes en un gueto privilegiado de «salvados» frente a una humanidad de paganos y judíos a la deriva? No es ésta su intención.

Lo que Pablo busca es el impacto del contraste entre un antes y un después. Antes: la culpabilidad corporativa, especie de solidaridad en el mal que pone a todos en pie de igualdad, judíos y paganos, tanto en el pecado como en la responsabilidad ante las consecuencias del pecado que afectan no sólo a los individuos, sino también a la entera sociedad humana. Después: la oferta gratuita de Dios que reúne a los creyentes en una comunidad solidaria en la salvación: «pero Dios... por el gran amor que nos tuvo... estando nosotros muertos, nos hizo revivir con Cristo» (4s). Y esta salvación ha sido «por la fe, no por mérito propio... no por las obras, para que nadie se gloríe» (8s). El contraste es de muerte y vida.

El género literario llamado apocalíptico que adopta aquí Pablo, pone a su disposición todo el artificio de un lenguaje hiperbólico y catastrofista, de denuncias y condenas sin paliativos ni medias tintas, para describir tanto la realidad del mundo pagano, el «antes» desde donde han sido llamados los efesios; como la del judaísmo, el «antes» desde donde han sido llamados los judeo-cristianos. Hay que considerar el contexto desde el que el Apóstol está hablando, es decir, el fuerte sentido de identidad militante de las pequeñas comunidades que proponían una vida alternativa frente a la corrupción generalizada en que había caído el imperio romano y una fe alternativa frente a la Ley judía. Tenían, pues, que defenderse ante la sociedad pagana y ante la sociedad judía; ambas estaban poniendo en peligro su identidad cristiana.

El Apóstol termina afirmando que somos una nueva creación de Dios por medio de Cristo, con una tarea-misión que realizar, que no es condición sino consecuencia de la salvación. Es justamente esta «tarea-misión» de los creyentes «para realizar las buenas acciones que Dios nos había asignado» (10) la que lejos de aislarnos en un gueto de «privilegiados y salvados» con respecto al mundo, nos pone al servicio del mundo como comunidad que anuncia la salvación gratuita para todos sin excepción. Pablo lo expresa con una frase maravillosa: «para que se revele a los siglos venideros la extraordinaria riqueza de su gracia y la bondad con que nos trató por medio de Cristo Jesús» (7).

⁵ **2,11-22 Unidad por Cristo.** Todo lo anterior ha sido como un largo preámbulo. Ahora, Pablo saca la conclusión que constituye el mensaje fundamental de este texto: la carta magna de la unidad y de la reconciliación, un asunto de máxima urgencia y actualidad para el cristiano de hoy también. Si antes nadie tenía el monopolio del pecado, viene a decir Pablo, pues todos estábamos metidos en el mismo fango, nadie tiene ahora el monopolio de la salvación, porque ésta no depende ni de ritos, ni de leyes, ni de privilegios de sangre o raza, ni de méritos propios, sino que es un don gratuito de Dios.

Pablo se mueve en un mundo dividido y separado por una barrera infranqueable de prejuicios. Los judíos, por una parte, se tenían a sí mismos como los escogidos, los privilegiados, los de casa, los herederos de las promesas, los puros. Consideraban a los paganos como los alejados, los que no tenían ni carta de ciudadanía, ni esperanza, ni un Dios que les amparara en el mundo. Eran «prejuicios» apuntalados por un legalismo religioso feroz. Un documento antiguo del judaísmo llamado «Carta de Aristéas» dice entre otras cosas: «Nuestro sabio legislador, guiado por Dios, nos cercó con férreas barreras para que no nos mezcláramos en nada con ningún otro pueblo, para que permaneciéramos incontaminados de alma y de cuerpo».

A su vez, los prejuicios de los paganos contra los judíos no se quedaban atrás: animales insociables, enemigos del género humano y otras lindezas por el estilo. ¿Qué decir de la historia de «prejuicios», algunos todavía recientes, de nosotros, los cristianos, tanto contra judíos como contra paganos o creyentes de otras religiones? He aquí algunos, para completar la escena que nos pinta Pablo. Contra los judíos: deicidas, pérfida raza judía. Contra los paganos: los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte. Algunos de estos prejuicios cristianos habían llegado a expresarse nada menos que en el antiguo lenguaje litúrgico de la Iglesia.

Pues bien, dice Pablo, todas las barreras que antes dividían a judíos de paganos, y que siguen dividiendo ahora a nuestro mundo, ya sean religiosas, económicas, raciales, nacionales, etc., las ha derribado Cristo con su cuerpo sacrificado. De miembros dispersos ha hecho un «cuerpo»; de «extranjeros» y «nativos» ha hecho una ciudad y una familia; de piedras heterogéneas ha hecho un «edificio». Ha realizado la gran pacificación: de los hombres con Dios, abriéndoles «acceso al Padre» y de los hombres entre sí, «creando una nueva humanidad».

Pablo ve esta nueva humanidad en la Iglesia, pero no como coto cerrado de salvación, sino como la comunidad de los que conocen, creen, viven y anuncian a las naciones la Buena Noticia de que el mundo ha sido y está siendo salvado por la muerte y resurrección de Jesucristo. Un mundo convertido en «reino de Dios», del que la Iglesia está al servicio como sacramento universal de salvación.

¹¹Por tanto, ustedes los que en un tiempo eran paganos de cuerpo, llamados incircuncisos por los que se llamaban circuncisos de cuerpo, recuerden ¹²que entonces vivían lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel, ajenos a la alianza y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. ¹³Pero, gracias a Cristo Jesús los que un tiempo estaban lejos, ahora están cerca, por la sangre de Cristo. ¹⁴Porque Cristo es nuestra paz, el que de dos pueblos hizo uno solo, derribando con su cuerpo el muro divisorio, la hostilidad; ¹⁵anulando la ley con sus preceptos y cláusulas, reunió los dos pueblos en su persona, creando de los dos una nueva humanidad; restableciendo la paz. ¹⁶Y los reconcilió con Dios en un solo cuerpo por medio de la cruz, dando muerte en su persona a la hostilidad. ¹⁷Vino y anunció la paz a ustedes, los que estaban lejos y la paz a aquellos que estaban cerca. ¹⁸Porque por medio de Cristo, todos tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu. ¹⁹De modo que ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los consagrados y de la familia de Dios; ²⁰edificados sobre el cimiento de los apóstoles, con Cristo Jesús como piedra angular.

²¹Por él todo el edificio bien trabado crece hasta ser santuario consagrado al Señor, ²²por él ustedes entran con los demás en la construcción para ser morada de Dios en el Espíritu.

Misión de Pablo⁶

3 ¹Por esta razón yo, Pablo, estoy preso por Cristo [Jesús], a causa de ustedes, los paganos. ²Supongo que están informados de la gracia de Dios que me ha sido dispensada para provecho de ustedes. ³Fue por medio de una revelación como se me dio a conocer el misterio, tal como acabo de explicárselo brevemente. ⁴Lean mi carta y comprenderán cómo entiendo el misterio de Cristo: ⁵este misterio no se dio a conocer a los hombres en las generaciones pasadas; sin embargo ahora se ha revelado a sus santos apóstoles y profetas inspirados. ⁶Y consiste en esto: que por medio de la Buena Noticia los paganos comparten la herencia y las promesas de Cristo Jesús, y son miembros del mismo cuerpo. ⁷De esta Buena Noticia yo soy ministro por don de la gracia de Dios, otorgada según la eficacia de su poder. ⁸A mí, el último de los consagrados, me han concedido esta gracia: anunciar a los paganos la Buena Noticia, la riqueza inimaginable de Cristo ⁹y hacer luz sobre el secreto que Dios, creador del universo, se guardaba desde antiguo, ¹⁰para que las fuerzas y los poderes celestiales conocieran por medio de la Iglesia la sabiduría de Dios en todas sus formas. ¹¹Éste es el designio que Dios concibió desde toda la eternidad en Cristo Jesús, Señor nuestro. ¹²Por él y con la confianza que da la fe en él, tenemos libre acceso a Dios. ¹³Por lo tanto les pido que no se desanimen a causa de los sufrimientos que padezco por ustedes, más bien han de sentirse orgullosos de ellos.

⁶ **3,1-13 Misión de Pablo.** A todo lo anterior se refiere Pablo cuando, al declararse apóstol de los paganos, no piensa en un reparto territorial, sino que implica un descubrimiento: que el Mesías esperado por los judíos vino también para los paganos. Éste es un gran secreto que Dios tuvo guardado durante muchos siglos, dice el Apóstol refiriéndose a la historia de Israel. En efecto, si algunos textos del Antiguo Testamento se abrían a los paganos, siempre había cláusulas y límites que hacían de los no judíos ciudadanos de segunda categoría. Los paganos, en suma, no iban a repartirse la herencia con Israel (cfr. Gn 21,10), ni a formar un solo cuerpo con él.

Pues bien, la riqueza de Cristo se desborda ahora y se reparte a todos. Ésta es la gran revelación de la que Pablo está orgulloso y que lo espolea en su ministerio. No reivindica para sí solo la revelación del misterio, sino que se considera parte de la tradición apostólica (cfr. Hch 13,1; 1 Cor 12,28) formada por «apóstoles y profetas inspirados» (5). Es más, dice con humildad que se siente como el «último de los consagrados» (8). ¿Por haber sido perseguidor? ¿Por haber llegado más tarde (cfr. 1 Cor 15,9s)? Precisamente esta supuesta indignidad de Pablo resalta más la condición de absoluta gratuidad que tiene el don de la revelación del misterio, que no depende de ningún mérito ni preparación humana y que ha hecho de él apóstol de los paganos.

La continua insistencia de Pablo en su misión no solamente refleja su vocación particular, sino una de las preocupaciones misioneras más importantes de la Iglesia primitiva de la que él se hace el portavoz: la ruptura de las barreras que existían entre judíos y paganos y el destino de ambos pueblos a formar un solo cuerpo en Cristo. Al cabo de veintiún siglos, esta vocación misionera de la Iglesia sigue siendo tan urgente y necesaria como entonces. El horizonte misionero, sin embargo, se ha alargado para abarcar el diálogo y la armonía con las grandes religiones y culturas del mundo con todas las consecuencias sociales, económicas y políticas, que seguramente el Apóstol no podía imaginar: la promoción de la igualdad y de la justicia entre los pueblos, la lucha por la concordia y la solidaridad, denunciando todo lo que divide, fragmenta y oprime a la familia humana.

El amor de Cristo⁷

¹⁴Por eso doblo las rodillas ante el Padre, ¹⁵de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra. ¹⁶Que él se digne según la riqueza de su gloria fortalecerlos internamente con el Espíritu, ¹⁷que Cristo habite en sus corazones por la fe, que estén arraigados y cimentados en el amor, ¹⁸de modo que logren comprender, junto con todos los consagrados, la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, ¹⁹en una palabra, que conozcan el amor de Cristo, que supera todo conocimiento. Así serán colmados de la plenitud de Dios.

²⁰Aquel que, actuando eficazmente en nosotros, puede realizar muchísimo más de lo que pedimos o pensamos ²¹reciba de la Iglesia y de Cristo Jesús la gloria en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén.

Unidad del cuerpo⁸

4 ¹Yo, el prisionero por el Señor, los exhorto a vivir de acuerdo con la vocación que han recibido. ²Sean humildes y amables, tengan paciencia y sopórtense unos a otros con amor, ³esfuércense por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. ⁴Uno es el cuerpo, uno el Espíritu, como una es la esperanza a que han sido llamados, ⁵un sólo Señor, una sola fe, un sólo bautismo, ⁶uno es Dios, Padre de todos, que está sobre todos, entre todos, en todos.

⁷Cada uno de nosotros recibió su propio don, en la medida que Cristo los ha distribuido. ⁸Por eso se dice: *Subiendo a lo alto llevaba cautivos y repartió dones a los hombres*. ⁹—Lo de subió, ¿qué significa sino que antes había bajado a lo profundo de la tierra?—. ¹⁰El que bajó es el que subió por encima de los cielos para llenar el universo. ¹¹El nombró a unos apóstoles, a otros profetas, evangelistas, pastores y maestros. ¹²Así preparó a los suyos para los trabajos del ministerio, para construir el cuerpo de Cristo; ¹³hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez de la plenitud de Cristo. ¹⁴Así no seremos niños, juguete de las olas, arrastrados por el viento de cualquier doctrina,

⁷ **3,14-21 El amor de Cristo.** Pablo escribe esta súplica de rodillas, en actitud de profunda adoración. Su plegaria es rica y densa de significado y, quizás por eso, difícil de traducir. Pablo pide por los efesios, pero parece como si tuviera delante a toda la familia humana, en su múltiple pluralidad de comunidades, de religiones, de culturas, de naciones; es decir, todas las colectividades que cohesionan, expresan y dan sentido de pertenencia a hombres y mujeres. Con un sugerente juego de palabras, el Apóstol dice que la identidad de Dios como Padre —«pater» en griego—, es la raíz última que fundamenta y sostiene y «de quien procede toda paternidad» —«patriá» en griego—, «en el cielo y en la tierra» (15).

Pablo invoca en su plegaria a las tres personas divinas. Al Padre, que ha convocado a los efesios a formar una «patriá» cristiana o Iglesia doméstica. Al Espíritu, que la robustece y fortalece internamente (16), en referencia a esa dimensión interior de nosotros mismos que se va renovando día a día (cfr. 2 Cor 4,16) y logra que por la fe y el amor que Cristo «habite en sus corazones» (17; cfr. Jn 14,23). Esta colaboración entre las tres personas divinas y la respuesta de la fe y el amor vivida en comunión cristiana nos llevarán a «comprender, junto con todos los consagrados» (18) aquello que el Apóstol expresa con una fórmula tan evocativa como enigmática para los lectores de hoy, pero quizás familiar y conocida para los efesios: anchura y longitud, altura y profundidad (18). ¿Es el plan universal de salvación de Dios? ¿Es la cruz de Cristo, vértice del universo simbolizado en sus cuatro dimensiones?

Sólo la experiencia del amor que Cristo nos tiene puede llenar al hombre, porque su amor revela el amor de Dios (cfr. 1 Jn 4,10). Gran paradoja: llenarse del que llena, abarca y desborda todo. Esta primera parte de la carta concluye con una expresión de alabanza a Dios, tributada por la Iglesia y encabezada por Cristo.

⁸ **4,1-16 Unidad del cuerpo.** Pablo comienza la parte exhortativa de la carta hablando con la autoridad que le dan sus sufrimientos y su prisión por Cristo. Si Dios ha reunido a todos los hombres y mujeres en un único plan de salvación, en lo más íntimo de la vocación cristiana está el compromiso por la unidad. Ésta se expresa en comportamientos concretos y prácticos de humildad, modestia, paciencia, aguanate mutuo, es decir, virtudes que favorecen el amor.

Pablo explica esta unidad con una bella fórmula (4-6) que tiene sabor litúrgico y que hay que compararla con la confesión cotidiana de Israel: «El Señor, nuestro Dios, es solamente uno» (Dt 6,4). En ella estarían expresadas las siete —número que indica plenitud— «caras» de la unidad de la comunidad cristiana: un cuerpo, unidad visible; un Espíritu, la unidad en su fuente íntima; una esperanza, la unidad como destino futuro de todos; un solo Señor, la unidad de obediencia al único dueño de la comunidad; una sola fe, unidad en el seguimiento de la única tradición apostólica, portadora de la «memoria de Jesús»; un solo bautismo, la unidad en cuanto incorporación a un único Cristo. Y en el vértice, un Dios Padre que nos une a todos en una familia de hijos e hijas suyos.

De la unidad brota la pluralidad y ésta se organiza en una armonía de crecimiento orgánico. Brota de Cristo glorificado que reparte sus dones como hace un vencedor espléndido. Pablo ha hablado ya ampliamente de «dones», especialmente en su primera carta a los Corintios (cfr. 1 Cor 12,1-31; Rom 12,3-8) para expresar la pluralidad carismática de sus comunidades de las que todos y cada uno de los cristianos eran miembros vivos y activos. Eran dones de lenguas, de milagros, de sanaciones, de sabiduría, etc. Ahora, sin embargo, el Apóstol habla de «ciertos dones» a los que se refiere mencionando no los dones en sí, sino a los agradados por los mismos: «apóstoles... profetas, evangelistas, pastores y maestros» (11), como si las personas mismas fueran esos dones permanentes dados a la comunidad «para construir el cuerpo de Cristo» (12). Estas personas son los «líderes» de la comunidad. A diferencia de los dones «temporales» de que trata en la carta a los Corintios, ahora habla de dones «permanentes» y «esenciales». Una comunidad cristiana, por ejemplo, puede sobrevivir sin el «don de lenguas», pero no puede existir sin el sacramento del ministerio ordenado, es decir: obispos, presbíteros y diáconos que desempeñan hoy las funciones de apóstoles y profetas del tiempo del Apóstol.

Pablo quiere decirnos cosas importantes. Primera: que la comunidad no se da a sí misma sus propios líderes o que estos se auto-eligen, sino que se los da el Señor. Segunda: que ser obispos y presbíteros no son cargos de privilegio que les separan del resto de los cristianos, sino ministerios de servicio permanente a la comunidad. No son los dueños de la comunidad, sino servidores de la unidad del cuerpo de Cristo, y por eso deben actuar siempre en referencia permanente a la Cabeza, como sus representantes, como sacramento de la presencia del único Señor de la Iglesia, Cristo.

por el engaño de la astucia humana y por los trucos del error. ¹⁵Por el contrario, viviendo en la verdad y el amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, a Cristo. ¹⁶Gracias a él, el cuerpo entero, recibe unidad y cohesión gracias a los ligamentos que lo vivifican y por la acción propia de cada miembro; así el cuerpo va creciendo y construyéndose en el amor.

Conducta cristiana⁹

¹⁷En nombre del Señor les digo y recomiendo que no procedan como los paganos: con sus inútiles pensamientos, ¹⁸con la razón oscurecida, alejados de la vida de Dios, por su ignorancia y dureza de corazón. ¹⁹Porque, endurecidos, se han entregado al desenfreno y practican sin medida toda clase de indecencias. ²⁰Pero no es eso lo que ustedes han aprendido de Cristo; ²¹si es que de veras oyeron hablar de él y de él aprendieron en qué consiste la verdad. ²²Despójense de la conducta pasada, del hombre viejo que se corrompe con sus malos deseos; ²³renuévense en su espíritu y en su mente; ²⁴y revístanse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios con justicia y santidad auténticas.

²⁵Por lo tanto, eliminen la mentira, y *díganse la verdad unos a otros*, ya que todos somos miembros del mismo cuerpo. ²⁶*Si se enojan, no pequen*. Que la puesta del sol no los sorprenda en su enojo, ²⁷dando así ocasión al demonio. ²⁸El que robaba no robe más, y póngase a trabajar honestamente con sus [propias] manos para ganar algo y poder socorrer al que tiene necesidad. ²⁹No salga de sus bocas ninguna palabra ofensiva, sino solo palabras buenas que ayuden a crecer a quien lo necesite y agraden a quien las escucha. ³⁰No entristezcan al Espíritu de Dios, que los marcó con un sello para el día del rescate. ³¹Eviten toda amargura, pasión, enojo, gritos, insultos y cualquier tipo de maldad. ³²Sean amables y compasivos unos con otros. Perdónense unos a otros, como Dios los ha perdonado en Cristo.

5 ¹Como hijos queridos de Dios, traten de imitarlo. ²Sigan el camino del amor, a ejemplo de Cristo que los amó hasta entregarse por ustedes a Dios como ofrenda y sacrificio de aroma agradable. ³En cuanto a la inmoralidad sexual y a cualquier clase de impureza o de codicia, ni se nombre entre ustedes, como corresponde a consagrados; ⁴lo mismo digo respecto de las obscenidades, de las estupideces, y de las groserías, porque todas estas cosas están fuera de lugar; lo que deben hacer es alabar a Dios. ⁵Pues han de saber que ni el que comete inmoralidades sexuales, ni el impuro o el avaro –que es una forma de idolatría– recibirá una herencia en el reino de Cristo y de Dios.

El reino de la luz¹⁰

⁶Nadie los engañe con argumentos falsos: estas cosas son, precisamente, las que atraen la ira de Dios sobre los rebeldes. ⁷No se hagan cómplices de los que obran así. ⁸Porque si en un tiempo eran tinieblas, ahora son luz por el Señor: vivan como hijos de la luz ⁹–toda bondad, justicia y

⁹ **4,17–5,5 Conducta cristiana.** Lo primero que Pablo pide de sus comunidades es un corte radical con su pasado pagano. Los calificativos son duros y tajantes: oscuridad, ignorancia, dureza, impureza, engaño. De nuevo hay que decir que el Apóstol no condena el paganismo en general. Está hablando a pequeñas comunidades cristianas esparcidas en las grandes ciudades del imperio y expuestas, por tanto, a la enorme presión de la influencia ambiental. Para sobrevivir en medio de tal ambiente tenían que expresar en términos radicales tanto el estilo de vida alternativa de seguimiento de Cristo que habían escogido, como la denuncia de la sociedad pagana en que vivían. El Apóstol usaría hoy el mismo lenguaje de denuncia, no necesariamente contra el paganismo, sino contra la corrupción de muchos de nuestros países tradicionalmente cristianos.

La vida alternativa del creyente, como una «nueva» humanidad frente a la «vieja», la expresa Pablo con la imagen de desnudarse y revestirse (cfr. Gál 3,27). La humanidad vieja se deja llevar por la concupiscencia y acaba en la corrupción. La nueva es creación «a imagen de Dios» (cfr. Gn 1,27; Eclo 17,3; Sab 2,23). Es una vida de imitación de Dios y de Cristo: Sean santos «porque yo soy Santo» (Lv 11,44s). Jesús propone como ejemplo al Padre: «Amen a sus enemigos... así serán hijos de su Padre del cielo» (Mt 5,44s). Para el apóstol Pedro, los cristianos han sido «elegidos... y consagrados por el Espíritu, para obedecer a Jesucristo» (1 Pe 1,2). Esta nueva vida del cristiano la ve expresada el Apóstol en comportamientos concretos (25-32) de honestidad, dedicación al trabajo, veracidad, amabilidad y respeto al prójimo, compasión y perdón. Éste es el retrato del cristiano: una persona que vive y se desvive por los demás, creador de la comunidad alternativa que Cristo nos trajo con su muerte y resurrección.

¹⁰ **5,6-21 El reino de la luz.** Luz y tinieblas: he aquí otra imagen de resonancias bíblicas que usa Pablo para exhortar a los efesios a proceder en su conducta como «hijos de la luz», recordándoles que «en un tiempo eran tinieblas» (8). La mayoría de las comunidades cristianas de Pablo vivía en las grandes ciudades del imperio, donde la decadencia moral generalizada de la época era más patente y notoria. Las perversiones y los vicios más vergonzosos habían tomado carta de ciudadanía en aquella sociedad. Se habían convertido en comportamientos normales, aceptados, bien vistos, incluso cantados en las gestas y proezas míticas de los dioses. Éstas son las «tinieblas» contra las que el Apóstol lanza su grito de alarma a los efesios: «Nadie los engañe con argumentos falsos» (6). Las tinieblas crean la confusión; sus obras son estériles y vergonzosas. El mundo de la luz se opone al mundo de las tinieblas. La luz delata el delito: «pusiste nuestras culpas... a la luz de tu mirada» (Sal 90,8), discierne y desenmascara el mal donde se encuentre e invita a luchar contra él. Ésta es la vida alternativa a la que anima el Apóstol utilizando un himno cristiano, probablemente cantado en la liturgia del bautismo: «Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará Cristo» (14).

Pablo, al final, parece invitar a la comunidad cristiana a permanecer en vela, como las vírgenes prudentes del evangelio, esperando al esposo con las lámparas encendidas de himnos y cantos inspirados en la «noche» de los malos tiempos que corren (Mt 25,1-13).

verdad es fruto de la luz—. ¹⁰Sean discernir lo que agrada al Señor. ¹¹No participen en las obras estériles de las tinieblas, al contrario denúncienlas. ¹²Lo que ellos hacen a ocultas da vergüenza decirlo, ¹³pero todo esto ha de ser denunciado por la luz hasta que se vuelva claridad ¹⁴y todo lo que está al descubierto recibe el influjo de la luz. Por eso dice: ¡Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará Cristo! ¹⁵Por lo tanto cuiden mucho su comportamiento, no obren como necios, sino como personas sensatas, ¹⁶que saben aprovechar bien el momento presente porque corren tiempos malos. ¹⁷Por eso no sean imprudentes, antes bien, procuren entender cuál es la voluntad del Señor. ¹⁸No se embriaguen con vino, que engendra lujuria, más bien llénense de Espíritu.

¹⁹Entre ustedes entonen salmos, himnos y cantos inspirados, cantando y celebrando al Señor de todo corazón, ²⁰dando gracias siempre y por cualquier motivo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo. ²¹Sométanse los unos a los otros en atención a Cristo.

Marido y mujer¹¹

²²Las mujeres deben respetar a los maridos como al Señor; ²³porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza y salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. ²⁴Así, como la Iglesia se somete a Cristo, de la misma manera las mujeres deben respetar en todo a los maridos. ²⁵Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, ²⁶para limpiarla con el baño del agua y la palabra, y consagrarla, ²⁷para presentar una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable. ²⁸Así tienen los maridos que amar a sus mujeres, como a su cuerpo. Quien ama a su mujer se ama a sí mismo; ²⁹nadie aborrece a su propio cuerpo, más bien lo alimenta y cuida; así hace Cristo por la Iglesia, ³⁰por nosotros, que somos los miembros de su cuerpo. ³¹Por eso *abandonará el hombre a su padre y su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne.* ³²Ese símbolo es magnífico, y yo lo aplico a Cristo y la Iglesia. ³³Del mismo modo ustedes: ame cada uno a su mujer como a sí mismo y la mujer respete a su marido.

¹¹ **5,22-33 Marido y mujer.** Pablo ha estado exhortando a la unidad y armonía que debe existir en la comunidad cristiana en general. Ahora concentra su atención en el núcleo familiar, la Iglesia doméstica, formada por el matrimonio, los hijos y, en aquellos tiempos, también los esclavos. Se dirige primero a los esposos y en concreto a la esposa, con una exhortación: las mujeres deben respetar a sus maridos... (22) y después añade: en todo (24). Con respecto al marido, repite tres veces que debe amar a su mujer (25), amarla como a su mismo cuerpo (28) y quien ama a su mujer debe cuidarla y alimentarla (29). Estas expresiones del Apóstol quizás puedan causar perplejidad e irritación en el lector –y especialmente en la lectora de hoy– que solamente se contente con una lectura superficial del texto. Parece como si las exhortaciones no pusieran a ambos esposos en pie de igualdad. Al hombre se le pide «amor» y a la mujer «sometimiento», palabra que repugna a nuestra sensibilidad y, si se trata del sometimiento de la mujer, todavía más. ¿Qué decir de todo esto?

En primer lugar, Pablo no está convirtiendo en «palabra de Dios» los condicionamientos culturales de su tiempo, que eran también suyos. Nada más lejos de lo que aquí intenta decir a los efesios. Es más, si el Apóstol hubiera vivido hoy seguramente habría sido un entusiasta defensor de los derechos de la mujer y ciertamente no habría usado el término «someterse». En segundo lugar, y esto es lo importante, el Apóstol no está dando «consejos de convivencia matrimonial». El Apóstol ha estado hablando a lo largo de toda la carta del misterio de la salvación y lo ha expresado con una de sus imágenes favoritas: Cristo y los creyentes unidos en un solo cuerpo que es la Iglesia, de la que Cristo mismo es la cabeza. Pues bien, este «misterio de amor» entre Cristo y la Iglesia lo ve el Apóstol simbolizado en la unión matrimonial del esposo y de la esposa. Pero atención: el amor entre Cristo y la Iglesia no están reflejando la experiencia de amor conyugal, sino al revés, es ésta la que es símbolo y presencia sacramental del amor entre Cristo y su Iglesia. Contemplando al marido y la mujer unidos en una sola carne (31), Pablo exclama con entusiasmo que ese símbolo es magnífico, y con su autoridad de Apóstol afirma: «y yo lo aplico a Cristo y la Iglesia» (32).

Ésta es la «Palabra de Dios» que nos trasmite Pablo. Una palabra revolucionaria que desmonta, supera y condena todo modelo cultural humano de matrimonio que establezca o sancione la desigualdad entre los cónyuges, comenzando por el modelo cultural del mismo Pablo. La Palabra de Dios –de la que el Apóstol es portador– va más allá de lo que él mismo podía imaginar.

La tradición bíblica del Antiguo Testamento ya había preparado generosamente este símbolo con la imagen de Dios como esposo y la comunidad como esposa, con expresiones tan audaces como la de Isaías 62,5: «la alegría que encuentra el esposo con su esposa la encontrará tu Dios contigo». Los últimos capítulos del Apocalipsis utilizan este mismo símbolo para clausurar el texto de la Biblia, que termina con la llamada apremiante de la esposa al esposo: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20). Esta imagen bíblica despliega toda su fuerza expresiva en la relación de amor indisoluble de Cristo hacia la Iglesia, cuyo símbolo y presencia es el sacramento cristiano del matrimonio.

Hijos y esclavos¹²

6¹Hijos, obedezcan a sus padres [en atención al Señor], porque esto es lo justo. ²El primer mandamiento que contiene una promesa es éste: *Honra a tu padre y a tu madre* ³para que te vaya bien y vivas mucho tiempo en la tierra. ⁴Padres, no irriten a sus hijos; edúquenlos, más bien, en la disciplina e instrúyanlos en el amor de Dios.

⁵Esclavos, obedezcan a sus amos corporales, escrupulosa y sinceramente, como si sirvieran a Cristo; ⁶no por servilismo o para halagarlos, sino como siervos de Cristo que cumplen con toda el alma la voluntad de Dios. ⁷Sirvan a sus dueños de buena gana como si se tratara del Señor, y no de hombres; ⁸conscientes de que el Señor le pagará a cada uno lo bueno que haga, sea esclavo o libre. ⁹Amos, compórtense con sus siervos del mismo modo, y dejen de lado las amenazas, conscientes de que tanto ellos como ustedes tienen el mismo Señor que está en el cielo y que no hace distinción de personas.

Lucha contra el mal¹³

¹⁰Por lo demás, fortalézcanse con el Señor y con su fuerza poderosa. ¹¹Vístanse la armadura de Dios para poder resistir los engaños del Diablo. ¹²Porque no estamos luchando contra seres de carne y hueso, sino contra las autoridades, contra las potestades, contra los soberanos de estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal. ¹³Por tanto, tomen las armas de Dios para poder resistir el día funesto y permanecer firmes a pesar de todo. ¹⁴Cíñanse con el cinturón de la verdad, vistan la coraza de la justicia, ¹⁵calcen las sandalias del celo para propagar la Buena Noticia de la paz. ¹⁶Tengan siempre en la mano el escudo de la fe, en el que se apagarán los dardos incendiarios del maligno. ¹⁷Pónganse el casco de la salvación, y empuñen la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios.

¹⁸Vivan orando y suplicando, oren en toda ocasión animados por el Espíritu; permanezcan despiertos y oren con perseverancia por todos los consagrados; ¹⁹también por mí, para que cuando yo abra la boca, se me conceda el don de la palabra y pueda exponer libremente el misterio de la Buena Noticia, ²⁰del cual soy mensajero en prisión: que pueda anunciarlo libremente, como es debido.

¹² **6,1-9 Hijos y esclavos.** Pablo recuerda a los efesios que la Ley del decálogo sigue en pie, y que el cuarto mandamiento ocupa el primer lugar en referencia al prójimo (cfr. Col 3,20s). De entre todas las personas a las que hay que amar, los padres son los primeros (cfr. Eclo 3). Los padres tienen deberes correlativos para con los hijos, aunque no los mencione el decálogo. La educación de los hijos es un tema frecuente en el mundo sapiencial bíblico y en la cultura griega. Era, también es cierto, una educación marcada por el rigor y la dureza. Esto explica que Pablo recomiende a los padres que «no irriten a sus hijos» (4). Hay que darles la corrección que les daría Dios mismo.

También los esclavos pertenecen al ámbito de la familia. Pablo no propone un cambio de orden social. No puede ni tiene a mano una alternativa social o política al sistema de esclavitud de su tiempo. Sin embargo, resalta la reciprocidad de deberes y trato entre amos y esclavos, y sobre todo, la igualdad radical bajo el «amo único» que es Dios (Col 3,22-4,1). Es esta posición revolucionaria de su mensaje evangélico la que terminó acabando con la institución de la esclavitud antigua, y nos anima hoy a seguir luchando contra las esclavitudes de nuestro tiempo.

¹³ **6,10-20 Lucha contra el mal.** Pablo ha exhortado a los efesios a aprovechar la oportunidad de salvación y a estar vigilantes. De ahí que, para él, la vida cristiana sea una milicia. El Evangelio tiene enemigos aguerridos y peligrosos contra los que hay que luchar y por tanto debemos estar pertrechados con las armas de Dios. La metáfora de las armas de Dios tiene una honda resonancia bíblica. Sab 5,16-22 habla de escudo, armadura y espada; Is 59,17, de coraza, casco y manto. Pablo recoge la imagen y la carga de contenido cristiano, y así contempla al creyente armado y pertrechado con la verdad, la justicia, el evangelio de la paz, la fe y la salvación. En esta batalla declarada, Pablo no sólo contempla al creyente individual luchando contra sus propios pecados, sino a la entera comunidad cristiana, la Iglesia, enfrentada a fuerzas malignas de dimensiones cósmicas, contra las que el individuo aislado aparece impotente. Usando los conceptos del género literario apocalíptico, habla, personificándolos, de «soberanos de estas tinieblas... las fuerzas espirituales del mal» (12), viendo en ellos los causantes de la atmósfera contaminante de pecado que convierte a la historia humana en «malos tiempos».

Hoy, esos poderes malignos tienen otros nombres: es la violencia globalizada producida por estructuras económicas supranacionales que oprimen y esclavizan al pobre; es la contaminación y la destrucción de los recursos naturales del planeta a causa de un desenfrenado consumismo; es la fuerza global de la imagen y de la propaganda al servicio de valores que deshumanizan y acaban destruyendo a hombres y mujeres. Contra estas modernas «fuerzas del mal», la comunidad humana parece impotente y desarmada.

El Apóstol no es un pesimista, al contrario. De todos esos poderes Jesucristo ha salido triunfante y sus armas victoriosas están a nuestra disposición. Su exhortación, pues, es una llamada al compromiso de la comunidad entera, con una serie de verbos que expresan el apremio y la urgencia: «tomen las armas... cíñanse... vistan... calcen... Tengan siempre en la mano... pónganse» (13-17). Nuestro «aliado» en la lucha es el Señor, y su presencia victoriosa entre nosotros se consigue con la oración (cfr. Sal 35,1-4), que es el consejo final con que termina Pablo su carta, animando a los efesios a ser constantes en rezar y suplicar... con perseverancia... por todos... también por él (18s). Oración y compromiso, o como diría la sabiduría popular: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Saludo final¹⁴

²¹Tíquico, el hermano querido y ministro fiel del Señor les informará para que sepan cómo me va y lo que hago. ²²Para eso se lo envió, para que tengan noticias más y para que los consuele.

²³A los hermanos paz, amor y fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. ²⁴La gracia esté con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor incorruptible.

¹⁴ **6,21-24 Saludo final.** A diferencia de otras cartas, Pablo sólo menciona en su saludo final a Tíquico (cfr. Col 4,7), portador de la carta y enviado a animar y confortar a los efesios. A éstos les desea la gracia del Señor.